

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

“Espectros de Irlanda en la temprana colonización de Virginia”.

López Palmero y Malena.

Cita:

López Palmero y Malena (2013). *“Espectros de Irlanda en la temprana colonización de Virginia”*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/133>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras - Universidad Nacional de Cuyo, 2-5 de octubre de 2013

Mesa N° 16: *Literatura de viajes y representación de la alteridad. El descubrimiento del Otro en la narrativa, el arte y la política de la Modernidad (Siglos XV-XX)*

Coordinadores: Rogelio C. Paredes (UBA), Marcelo F. Figueroa (UNT) y Sandra Fernández (UNR)

ESPECTROS DE IRLANDA EN LA TEMPRANA COLONIZACIÓN DE VIRGINIA.

Malena López Palmero (UBA/CONICET)

malelp@yahoo.com.ar

La colonización inglesa de Virginia involucró, desde sus orígenes, ciertas nociones y prácticas derivadas de la contemporánea experiencia de colonización de Irlanda. Las correspondencias se constatan en los discursos coloniales de ambos procesos de conquista, cuyas matrices argumentativas descansan en la inferiorización de las poblaciones nativas. Además, ciertas prácticas militares, por cierto aberrantes, fueron aplicadas a los americanos siguiendo las lógicas implementadas en la colonización de Irlanda.

David Beers Quinn instaló, a mediados del siglo XX, las analogías entre Irlanda y América que se convertirían en referencias ineludibles para la historia de la expansión colonial inglesa. No obstante, en la historiografía dominante esas analogías son más evocadas que analizadas, licuando así la riqueza del análisis comparativo en atractivas, aunque insuficientes, identificaciones. El propósito de este trabajo es presentar un análisis de ambos procesos de conquista, el de Irlanda y el de Virginia, como fenómenos fuertemente ligados entre sí. Irlanda fue, sin dudas, el teatro de operaciones de lo que sería la dinámica imperial inglesa en Virginia, y los irlandeses fueron concebidos como los referentes para comprender a los algonquinos, habitantes nativos

de la costa este de Norteamérica. Va de suyo que esta identificación fue constitutiva de la visión “civilizatoria” inglesa en Virginia, pero las influencias también recorrieron el Atlántico en sentido inverso. La otredad americana también irrumpió en la conciencia europea en general, y en la inglesa en particular, como un motivo de reflexión sobre su propio pasado y como motivo de argumentación sobre su propio rol imperial. La hipótesis que aquí se plantea, basada en la íntima conexión entre ambos procesos de colonización, es que Inglaterra construyó su identidad como potencia imperialista en base a nociones socio-culturales que se fueron consolidando al compás de la propia dinámica histórica de colonización en ambos escenarios. La propuesta, entonces, consiste en presentar un análisis comparativo entre Irlanda y América, cuyas influencias recíprocas colaboraron ostensiblemente en la construcción e instauración de lo que llegó a ser la longeva ética colonizadora inglesa.¹

Irlanda, margen cultural de Inglaterra.

La historia de las invasiones a Irlanda se remonta al año 1169, cuando los normandos originarios de Gales, llamados cambro-normandos o hiberno-normandos, conquistaron la región de Dublín con relativa independencia de la corona. En 1171 el rey de Inglaterra, Richard II, invadió nuevamente Irlanda amparado en una bula papal de 1155. Ésta autorizaba la invasión con el propósito de alinear la iglesia católica irlandesa a la apostólica romana, por lo que Irlanda pasó a ser un señorío nominal del rey de Inglaterra (Lordship of Ireland), gobernada por el Lord Delegado de Irlanda (Lord Deputy) el máximo representante del rey. Desde entonces, la corona mantuvo el control directo sobre la franja costera centro-oriental, llamada *The Pale* en razón de la empalizada que definía sus límites. Sobre el resto de los territorios de Irlanda se mantuvo la autoridad fragmentada en manos de sus respectivos señores gaélicos, que pagaban un tributo anual a la corona como único reconocimiento a la soberanía inglesa. Durante la Edad Media la expansión inglesa se vio limitada² y se produjo una fusión cultural y política entre la aristocracia gaélica (también llamados “Old Irish”) y los

¹ Las citas textuales de este trabajo han sido traducidas del inglés por la autora.

² El freno a su expansión se debió a diversos factores, como la resistencia de la aristocracia gaélica, los conflictos políticos en Inglaterra, que hacían esquivar la cuestión de Irlanda, y la devastadora peste negra del siglo XIV, que asoló particularmente a las ciudades pobladas mayormente por los normandos y los sucesivos inmigrantes ingleses

colonos tempranos en las provincias, mientras que el Pale conservó su impronta “Old English” (Canny, 1989: 160).³

La corona inglesa se lanzó sobre Irlanda nuevamente durante la dinastía Tudor, con la intención de consolidar la autoridad real. A fines del siglo XV, el rey Enrique VII hizo vanos intentos por amarrar la aristocracia local a la autoridad inglesa.⁴ Su sucesor, Enrique VIII, lanzó nuevas campañas que provocaron serias revueltas en la década de 1530. Después de sofocar la rebelión del clan Geraldine en Leinster y Munster (conocida como la primera rebelión de Desmond, conde de Munster), en 1535 el rey inglés se propuso extender su poder más allá de los confines del tradicional señorío de Irlanda y así cubrir la isla entera. En 1542 creó el reino de Irlanda, bajo su propia autoridad, y trabó alianzas con el clan Geraldine, apuntando a los O'Neill en Tyrone y a los O'Donnell en Tyrconell, ambas regiones de la rebelde provincia de Ulster. A través de una política de “rendición y recompensa”, el rey obtuvo la sumisión de la nobleza local a cambio de otorgarle títulos sobre las tierras y protección legal. Mientras tanto, se instalaron mayormente en el Pale nuevos contingentes de ingleses apuntados para reforzar el ejército y la administración. Estas iniciativas, sin embargo, no tuvieron la fuerza necesaria como para debilitar la autonomía de la aristocracia gaélica, que se mantuvo notablemente por fuera de la Empalizada, donde por otra parte era fuerte el rechazo a la fe reformada de Inglaterra.

El precario equilibrio se quebró durante el reinado de Isabel, cuando ésta lanzó su ofensiva militar y administrativa por el control total de la isla. Como parte de esta estrategia se llevaron a cabo las campañas de colonización de las provincias gaélicas de Munster y Ulster, entre 1565 y 1576. Las determinaciones de Isabel provocaron las revueltas de los Geraldines: la rebelión en Ulster dirigida por Shane O'Neill, entre 1562

³ Según Nicholas Canny, las distintas identidades en Irlanda se conformaron de la siguiente manera: “Muchos de los terratenientes menores de procedencia anglo-normanda de las provincias, tanto habían sucumbido ante la influencia de sus vecinos gaélicos que eran apenas distinguibles de ellos por su vestimenta, idioma y cultura, pero ese proceso de degeneración, como fue llamado, fue lamentado por los grandes magnates feudales de las provincias y aun más por los mercaderes, abogados y terratenientes del Pale. En esta última área, que incluía la ciudad de Dublín y la mayor parte de las tierras ricas para la agricultura en los cuatro condados que encerraba, era el corazón de la influencia inglesa en Irlanda” (Canny, 1989: 160).

⁴ En 1492 Enrique VII removió a Kildare, del clan Geraldine de Leinster, del cargo de Lord Deputy en Irlanda, y puso en su lugar a su leal consejero Sir Edward Poynings. Kildare fue acusado de traición por apoyar a la casa de York durante la Guerra de las Rosas y fue encerrado en la Torre de Londres. Poynings, por su parte, atacó la independencia del parlamento en Irlanda y lo sometió a la autoridad directa del rey. En 1496, consciente de los altos costos de las campañas en Irlanda, el rey reestableció a Kildare en el cargo e Irlanda retomó su habitual carácter de dominio nominal de Inglaterra, manteniendo la autonomía de las elites locales, que a la sazón se combatían entre sí por el poder y el prestigio. (Graves, 1978: 17-18)

y 1566, y las rebeliones en Munster, dirigidas por el conde de Desmond y por James Fitzmaurice Fitzgerald, entre 1569 y 1572. En el otoño boreal de 1569 Humbrey Gilbert fue nombrado gobernador militar de Munster con poderes prácticamente irrestrictos para aplicar la ley marcial, y desde entonces perpetró las matanzas más crueles e inhumanas contra los irlandeses civiles, incluyendo mujeres y niños. Gilbert alcanzó una escabrosa fama en Inglaterra por disponer las cabezas de sus enemigos en línea hasta su tienda militar, artificio usado “ad terrorem”, es decir, para infundir “gran miedo a la gente cuando ellos veían las cabezas de sus padres, hermanos, hijos, vecinos y amigos muertos, yaciendo en el suelo ante sus caras, cuando venían a hablar con el mencionado coronel” (Canny, 1973: 582).⁵

Las rebeliones en Ulster y Munster fueron sofocadas por las fuerzas de Henry Sidney, Lord Deputy de Irlanda entre 1565 y 1579, para luego abandonar el cargo. El alejamiento de Sidney inspiró un nuevo brote de insurrección en Munster, dirigido por Desmond y más conocido como la “segunda rebelión de Desmond” (1579-1583), que además contó con los apoyos militares del papado y de España. El flamante Lord Deputy, Arthur Grey, encabezó una brutal ofensiva militar sobre Munster, a donde Walter Raleigh fue enviado, en 1580, como capitán de una compañía de soldados. Raleigh participó del sitio de la guarnición de Smerwick, en Kerry, donde se atrincheraban los rebeldes irlandeses y sus aliados continentales. Una vez que éstos se rindieron, Grey envió a dos compañías, una de las cuales estaba a cargo de Raleigh, “para matar a cada uno, mercenarios e irlandeses, hombres y mujeres, con la excepción de un puñado de prisioneros” (Quinn, 1947: 33). De esta manera, Raleigh participó activamente de la masacre de 600 personas.

Inglaterra finalmente derrotó a los rebeldes en 1583 y se distribuyeron más de medio millón de acres de la devastada tierra de Munster entre colonos ingleses. Los principales benefactores de estas concesiones de tierras fueron los comandantes de las tropas inglesas, entre los que se destacaron Gilbert y Raleigh, o funcionarios, como el poeta Edmund Spenser.⁶

En 1595 Hugh O’Neill, señor de Tyrone, encabezó una nueva rebelión y en 1598 obtuvo la primera victoria irlandesa sobre las fuerzas inglesas, a partir de lo cual la

⁵ Thomas Churchyard, “A Generall rehearsall of warres and joyned to the some tragedias and epitaphes” (Londres, 1579)

⁶ Spenser recibió 3000 acres en el condado de Kilcolman, condado de Cork, en Munster. (Graves, 1978: 119). El poeta fue secretario del Lord Deputy Arthur Grey en 1580 y en su estancia como colono ocupó esporádicamente cargos, como una secretaría menor de la cancillería y una secretaría en consejo de Munster (Brady, 1986: 18).

rebelión se extendió a toda la isla por nueve años. Los ingleses dirigidos por el Lord Deputy Charles Blount lograron derrotar a los irlandeses y sus recién llegados aliados españoles en 1600. En 1602 se rindió la última guarnición española y el 30 de marzo de 1603, seis días después de la muerte de Isabel, cuando Ulster ya estaba por completo bajo el control inglés, hizo lo propio O'Neill, dando comienzo a una etapa de paz que duraría cuatro décadas.

Jacobo I estableció acuerdos de paz con Irlanda desde su ascenso en 1603 y favoreció la colonización de ingleses y escoceses de Ulster.⁷ Las hostilidades volvieron a desatarse en sincronía con la guerra civil y el protectorado de Cromwell, entre 1641 y 1653, y más tarde, entre 1689 y 1691, cuyo resultado fue el definitivo dominio inglés protestante sobre la Irlanda católica (Burucúa y Kwiatkowsky, 2010: 78).

La colonización de Irlanda del siglo XVI

Tal como argumenta el historiador irlandés Nicholas Canny, las campañas de colonización de las regiones gaélicas de Irlanda iniciadas en 1565 se llevaron a cabo por esfuerzos privados de la aristocracia Inglesa avalados por la corona.⁸ El promotor de las campañas fue el Lord Deputy de Irlanda, Sir Henry Sidney, quien contó con el apoyo militar y financiero de su medio hermano, Robert Dudley, conde de Leicester, y de los sucesivos secretarios de estado, Sir William Cecil y Sir Thomas Smith.⁹

Los primeros intentos de colonización de Ulster (1565-1566) fueron conducidos por miembros de la gentry del oeste de Inglaterra, entre quienes se contaba a Sir Humphrey Gilbert, a la sazón medio hermano del mentor de la colonización de Virginia, Walter Raleigh. Otras expediciones a Ulster fueron dirigidas por Cecil y Smith, en 1568 y 1572 respectivamente. Entre 1573 y 1576 Walter Devereux, primer conde de Essex (y padre de quien fuera favorito de la reina en sus últimos años), encabezó una intensa campaña sobre el noreste de Ulster, que contó con la participación militar de los hijos de numerosas familias aristocráticas, además del apoyo de la reina y del Consejo Privado. Entre los hombres de Essex se encontraban personajes que luego cumplieron un

⁷ En Ulster, “un levantamiento infructuoso llevó a una confiscación indiscriminada de la tierra y la ‘colonización’ de algunas de éstas con colonos Ingleses y escoceses” (Richards, 1958: 208)

⁸ Según Canny, los “intentos de colonización en Irlanda fueron esponsorados de forma privada, siendo los aventureros miembros de la gentry o los hijos más jóvenes de la aristocracia de Inglaterra, más que soldados costeados por el gobierno” (Canny, 1973: 576)

⁹ Sidney destacó la importancia de la colonización de ciertas regiones de Irlanda que consideraban reductos de actividad enemiga: el noreste de Ulster, a causa de la población escocesa, y el sudoeste de Munster, por ser puertos al alcance de los españoles (Canny, 1973: 578)

destacado papel en la colonización de Virginia, como Humphrey Gilbert y Richard Grenville. En 1574 Essex, siguiendo las instrucciones de la reina de atacar a la población escocesa instalada en Ulster, movilizó una expedición a la isla de Rathlin y perpetró la matanza de toda su población, de aproximadamente 600 personas. Para la navidad de ese mismo año, ejecutó al rebelde O'Neill, su esposa y doscientos de sus hombres (Canny, 1973: 580-581). Pese al fenomenal despliegue de violencia y recursos ejercido por el conde de Essex, sus campañas fueron desastrosas y dejaron a sus fuerzas exhaustas y al borde de la bancarrota, lo que determinó el abandono, aunque transitorio, de las tentativas colonizadoras en Ulster en 1576. Como apunta David Quinn,

el fracaso de varios proyectos coloniales privados y corporativos por parte de los colonos ingleses a principios de la década de 1570 había conducido a un abandono temporario del interés en la colonización de Irlanda, lo cual debe haber contribuido con el nuevo entusiasmo, que Gilbert y los Hakluyts se esforzaron en estimular, para los proyectos americanos que harían posible los experimentos de Raleigh en Virginia (Quinn, 1947: 129).

En el caso de Munster el proyecto de colonización tomó fuerza una vez sofocada la segunda rebelión de Desmond, en 1583, año en el que una expedición a cargo de Humphrey Gilbert exploró las septentrionales costas de Newfoundland (actualmente Terranova y Nueva Escocia). Las guerras habían arrasado las zonas rurales de Munster,¹⁰ dando lugar a su inmediata ocupación por parte de oficiales y soldados ingleses y a la adjudicación formal en 1585. Isabel y sus consejeros buscaban instaurar en Munster una colonia inglesa “que permitiese el desarrollo de una sociedad estable lo suficientemente fuerte como para protegerse a si misma de un renovado levantamiento irlandés y los suficientemente próspera como para contribuir de forma apreciable al fisco” (Quinn, 1947: 131).

Para ejecutar su programa la corona asignó a ciertos agentes ingleses las tierras confiscadas a los irlandeses o anglo-irlandeses vencidos, extensiones que variaban entre

¹⁰ “Gran parte de la población de Munster había desaparecido, muchos ejecutados sin ceremonia como rebeldes, pero más muriendo por la hambruna y la pestilencia que siguió a la guerra. Otros huyeron a otros sitios más seguros de Irlanda. Solamente los distritos portuarios escaparon a la devastación. La agricultura había desaparecido en extensas áreas y el ganado, que era la principal riqueza de todas las comunidades irlandesas, se había ido con la gente”. Las zonas más afectadas fueron los condados de Cork, Kerry y Limerick, que quedaron bajo control directo de la corona, junto con partes del sur de Tipperary y del oeste de Waterford. (Quinn, 1947: 130)

los 4000 y los 12000 acres.¹¹ Según el informe de Robert Payne, un colono residente de Munster, fechado en 1589,

los mejores contratistas [undertakers], muchos de ellos buenos caballeros y señores de gran devoción, buscan por todos los medios posibles introducir hombres ingleses en sus tierras, de acuerdo con el propósito de la concesión de su Majestad: ellos ofrecen a cualquier hombre, ya sea trescientos acres de tierra sujeta a una cuota [feefarme], o cuatrocientos acres en arrendamiento por cien años, a 6 libras el acre, sin ningún tipo de penalidad (Payne, 1590: 7-8).

Los colonos quedaban exentos del pago de rentas a la corona por los primeros cuatro años, luego sujetos a la mitad de la renta los siguientes tres años, para finalmente pasar a pagar 2 peniques por acre. Por su parte, la corona garantizaba el transporte de los productos de esas tierras libres de impuestos a cualquier lugar en paz con Inglaterra, así como también permitía la libre importación de productos ingleses y asistía con tropas a la seguridad de los colonos (Smith, 1841: viii).

Las tierras se asignaban a través de un agente apuntado por la corona, quien tendría una determinada región de Munster a su cargo, para distribuir entre ingleses reclutados por su cuenta y cargo. Un caso notable fue el de Walter Raleigh, que junto a otros dos nobles, fue patentado en junio de 1586 en la porción sudeste de Munster (los condados de Cork y Waterford), para ser distribuida entre habitantes ingleses del sudoeste de Inglaterra (oriundos de Devon, Somerset y Dorset) (Quinn, 1947: 134). Los despojados irlandeses fueron sometidos a servidumbre o, en el mejor de los casos, debieron arrendar las tierras que les habían pertenecido por derecho propio a propietarios ausentistas.

Las tentativas reguladoras de la corona, no obstante, fueron débiles y no lograron evitar la emisión caótica de títulos sobre las tierras confiscadas ni su concentración en pocas manos. En ciertos casos, era la propia corona la que expedía títulos que excedían los límites fijados, como lo demuestra la asignación provisional a

¹¹ Convertido a hectáreas, entre 1600 y 4800 aproximadamente. El programa de asignación de las tierras confiscadas suponía que cada 12.000 acres debían instalarse 86 familias en la siguiente proporción: 1600 acres para el agente colonizador y su familia; para el agricultor principal: 400; dos agricultores con 300 cada uno; otros dos agricultores con 200 acres cada uno; 14 agricultores libres –freeholders- con 300 acres cada uno; 40 arrendatarios –copyholders- con 100 acres cada uno y 26 trabajadores para un total de 800 acres (lo que da un promedio de 30 acres por cabeza (Smith, 1841: vii)

Walter Raleigh, en 1587, de 42.000 acres de tierra cultivable, además de tierra de pastura. Éste también fue favorecido con concesiones fiscales y el envío de una caballería adicional para la protección de los futuros colonos.¹²

Entre los colonos de Munster se encontraban quienes habían sido partícipes activos de los intentos colonizadores en América, como es el caso del primo de Raleigh, Richard Grenville, el comandante de la empresa colonizadora apostada en Roanoke, Virginia, en 1585. Thomas Hariot y John White, quienes viajaron junto a Grenville y permanecieron casi un año en Roanoke recabando información sobre la región y sus habitantes, también recibieron porciones de territorio en Munster. Hariot arrendó a Raleigh la abadía Molana y White se estableció en Kilmore luego de sus fallidos intentos coloniales en América.¹³

Hubo también otros actores involucrados en la expansión ultramarina inglesa que participaron en las campañas de Irlanda: Sir Francis Drake, quien luchó bajo las ordenes de Essex y se retiró en 1575 para organizar su vuelta marítima al globo, y Lord De la Warr, otro hombre de Essex que más tarde fue miembro del consejo de Virginia y gobernador de esa colonia entre 1610-1611 (Jones, 1963: 137).¹⁴ El capitán Ralph Lane, gobernador de Virginia entre 1585-1586, había tenido experiencias previas en Irlanda, ocupando el cargo de sheriff en el condado de Kerry, entre 1583 y 1585. Más adelante, desde 1592, Lane ocupó nuevamente un puesto militar en Irlanda como inspector de tropas y recibió el título de caballero de parte del Lord Deputy, Sir William Fitzwilliam. Un examen detallado de los 107 viajeros que se embarcaron con Lane (Quinn, 1991:

¹² “Raleigh recibió casi toda la tierra de la frontera de Waterford, además de Lismore, incluyendo Tallow (descrito como un pueblo decadente) y los castillos de Shean, Lisfinny, Kilnacowiga, Strancally, Ballynatray y Templemichael. Al norte del río obtuvo tierras en el condado de Condon, adentrándose en las montañas Knockmealdown y su castillo de Mocollop. Hacia el oeste de Youghal recibió, en el condado de Cork, la entera baronía de Inchiquin, el castillo de Mogeely y Aghavine, o Isla de White, que se extiende hacia el sur como península hasta Knockadoon Point. Raleigh recibió esas tierras fértiles y con densos bosques en términos verdaderamente especiales. La renta oficial por tres señoríos y medio de 12.000 acres cada uno había sido fijada por £233 6s. 8d., exento el primer año y a pagar una tasa media entre 1591 y 1594. Raleigh nunca pagó más que £66 6s. 8d.” (Quinn, 1947: 138)

¹³ La abadía Molanna se ubica en el suroeste de Waterford, cerca de Youghal. Allí Hariot se estableció, de forma discontinua después del viaje a Roanoke, en algún tiempo entre julio de 1586 y febrero de 1588 (Quinn y Quinn, 1991: 360-361) En 1597 vendió sus intereses por £200. (Quinn, 1947: 142). Kilmore, el condado donde se estableció White, se encuentra al noroeste de Munster, en el condado de Clare.

¹⁴ Howard Mumford Jones también hace mención de Lord George Carew, miembro del Consejo de Virginia y de la Compañía de Virginia que había luchado bajo las órdenes de Sir Henry Sidney en Irlanda en la década de 1570 y ostentó cargos importantes una década después. Otros personajes involucrados con la expansión ultramarina inglesa fueron, según Jones, Georg Carew, Ferdinando Gorges, el conde de Southampton, el magistrado Popham y el capitán Christopher Carleill (Jones, 1963: 137) Lord de la Warr recibió el título de Caballero en Dublin, en 1599, de parte de Essex (Tyler, 1959 [1907]: 207) Thomas María Wingfield, quien fuera designado como primer presidente de Jamestown en 1607, también fue nombrado caballero en 1597 en Irlanda en virtud de sus servicios militares (Neill, 1885: 7).

194-197), demuestra que había entre sus filas al menos cuatro irlandeses, uno de los cuales se constata era sirviente de Lane (Quinn y Quinn, 1991: 287). En el listado también figuran dos hombres que después de la experiencia americana se instalaron como colonos en las tierras que Raleigh poseía en Munster.

En suma, los “salvajes irlandeses” eran, como sugiere James Axtell, “bastante familiares para muchos de los aventureros ingleses en Norteamérica, porque muchos de éstos habían servido en Irlanda tratando de traerla bajo el ala de la corona de Isabel” (Axtell, 1992: 68).

La retórica de la alteridad gaélica.

Los discursos sobre la colonización de Irlanda han quedado plasmados en folletos propagandísticos, en tratados breves como *A Description of Ireland* (1589), de Robert Payne, en las correspondencias de agentes involucrados directamente en las campañas, como Essex, Sidney y Fitzwilliam, y en tratados y obras literarias, tales como *The View of the Present State of Ireland* (1596), de Edmund Spenser, el cual constituye un testimonio tan valioso como controvertido.¹⁵ Estos discursos, organizados en términos de la justificación de la expansión territorial inglesa, dieron forma a los estereotipos de inferiorización del irlandés gaélico que se instalaron en la cultura inglesa de la Edad Moderna. Como señala Nicholas Canny, la definición de la “otredad” gaélica recalaba en aspectos culturales: su religión y sus costumbres. En este sentido, el estigma expresó la doble condición de paganos y bárbaros. Sidney expuso en una carta dirigida a Isabel de abril de 1567:

Jamás vivió pueblo alguno en mayor miseria que ellos, ni que tuviese
mente más perversa, porque el matrimonio entre ellos, en efecto, es
considerado como la mera unión entre bestias irracionales. El perjurio, el

¹⁵ *A View of the Present State of Virginia*, de Edmund Spenser (1552-1599) fue publicado por primera vez en 1633. El texto apareció a fines 1596, aunque se presume que su preparación comenzó cerca de 1590 (Brady, 1986: 111). Existe evidencia de que el texto fue rechazado para su publicación en 1594 y que cuando finalmente se publicó, como parte de una compilación a cargo de Sir James Ware (*Two Histories of Ireland*, Dublín, 1633), su contenido fue extensamente purgado. Como sostiene Brady: “Ware purgó silenciosa pero sistemáticamente el texto de Spenser de sus elementos más ofensivos, omitiendo secciones enteras en ciertos lugares y cambiando el argumento en otros (Brady, 1986: 25). Se justifica la inclusión en este análisis porque sus argumentos constituyen en cierto grado el discurso dominante entre la elite New English. El grado en que el texto de Spenser puede ser representativo de un consenso fue materia de debate entre Nicholas Canny, que se pronunció a favor de este postulado, y Ciaran Brady, que objetó sus alcances.

robo y el asesinato eran permitidos. Finalmente, no encuentro que tengan alguna consciencia del pecado, y ciertamente dudo que ellos bauticen a sus niños, dado que no encontré un sitio para hacerlo ni persona apta que los instruya en los mandamientos de un cristiano (Canny, 1973: 585).¹⁶

Según Canny, era muy importante que los aventureros ingleses se convencieran de que los irlandeses eran paganos, ya que consideraban que un pueblo podía ser civilizado sin haber sido cristianizado, como era el caso de los antiguos romanos, pero no podría ser cristianizado sin haber sido primero civilizado. La supremacía occidental descansaba entonces en la combinación de los beneficios del cristianismo con los de la civilización (Canny, 1973: 585-586).

Si bien es cierto que en el siglo XVII el catolicismo adquirió un lugar central en la definición de la ignominia del irlandés, abonada por la identificación de la fe con la resistencia al dominio inglés (expresada fuertemente en las guerras de la década de 1640), a finales del siglo XVI las fronteras se presentaban todavía difusas. En primer lugar, al momento del reinado de Isabel el protestantismo anglicano había tenido una tibia recepción entre los habitantes Old English de Irlanda, lo cual amortiguó allí las tentativas inglesas de persecución religiosa. En segundo lugar, el catolicismo de los irlandeses gaélicos tenía un alcance limitado a causa de la fuerte pervivencia de costumbres y tradiciones paganas. Spenser notó que si bien los gaélicos eran manifiestamente “papistas... están tan ciega y brutalmente informados (en su mayor parte), que ni uno de cien sabe los fundamentos de la religión o algún artículo de su fe, y aunque quizá pudieran decir su Padre Nuestro o Ave María, no conocen ni entienden el significado de una [sola] palabra” (Spenser, 1809: 137)

Otro elemento constitutivo del estigma gaélico fue lo que los ingleses consideraban la “barbarie” de sus costumbres. La construcción de esta alteridad, con su consecuente inferiorización, se nutría de la constante comparación con otredades definidas en términos negativos, como los contemporáneos árabes y tártaros, o incluso pueblos antiguos que fueron inmortalizados como bárbaros por la tradición grecolatina. Esto último es ilustrado en el argumento de Spenser, que concibió que la práctica gaélica de trashumancia era la comprobación de que los irlandeses eran descendientes de los escitas. De este modo, la costumbre de

¹⁶ “Sidney a la reina (20 de abril de 1567)”

mantener su ganado en pastura la mayor parte del año en las montañas y en desiertos silvestres, trasladándose a tierra fresca de la misma manera en que pastaban en tiempos pasados, lo que claramente era la costumbre de los escitas, como se puede leer en Olaus Magnus y Jo. Boemus, y todavía es usada entre todos los tártaros y los pueblos sobre el mar Caspio, que son naturalmente escitas (Spenser, 1809: 82).

Spenser suma también otros elementos que justificarían la infame stirpe escita de los gaélicos, como el versátil uso de las mantas a la vez como vestimenta y ajuar, dado su modo de vida “nómada” (Spenser 1809: 84-86). Asimismo, el poeta ve en ciertas costumbres de guerra, como el uso de arcos y flechas y la práctica de “ir corriendo en terrible griterío y alboroto como si el cielo y la tierra se hubiesen ido juntos”, una reminiscencia directa a las costumbres de los escitas, “como se puede leer en Diodorus Sículo y Herodoto” (Spenser 1809: 90)

La asociación que hizo Spenser entre gaélicos y escitas constituía sin dudas un recurso retórico eficaz para definir esa alteridad hibernica como inferior y, en consecuencia, promover un modelo civilizador que en palabras del poeta, consistía en “reducir esa nación salvaje a un mejor gobierno y civilidad” (Spenser, 1809: 1). Esta retórica de la alteridad sigue la lógica de la antigüedad griega, definida sagazmente por François Hartog en *El espejo de Heródoto*, que consiste en definir al otro mediante la inversión de los elementos que constituyen la propia identidad, a la manera de un espejo en negativo (Hartog, 2002: 29). En el mismo acto de describir al otro apelando a conceptos conocidos por su propia cultura, dado que a ella está dedicado el ejercicio de conocimiento, se procede al fenómeno de traducción, por el cual ese otro desconocido y distinto es definido en contraposición a un nosotros.¹⁷

De esta manera, Spenser describe las costumbres irlandesas como expresión del “antimismo” (Hartog, 2002: 207), es decir, como diametralmente opuestas a las costumbres características de Inglaterra. Ese “antimismo” se expresa, para Spenser, en

¹⁷ Tal y como expresa Hartog, “Decir el otro es postularlo como diferente, es postular que existen dos términos, *a* y *b*, y que *a* no es *b*; o sea, hay griegos y no griegos. Pero la diferencia sólo adquiere interés a partir del momento en que *a* y *b* entran en un mismo sistema (...) Para traducir la diferencia, el viajero dispone de la figura cómoda de la inversión en la cual la alteridad se transcribe en ‘antimismo’. Es concebible que los relatos de viaje o las utopías recurran frecuentemente a ella, porque construye una alteridad ‘transparente’ para el oyente o lector: ya no hay *a* y *b* sino simplemente *a* e inverso de *a*” (Hartog, 2002: 207)

el paralelismo Inglaterra/Irlanda, por un lado, y el de Grecia/Escitia, por otro. De este modo, la representación de los irlandeses como paganos, nómades y rústicos se refracta, en el mismo acto de enunciación, a los propios contemporáneos ingleses, como la afirmación de su identidad en términos invertidos, para verse a sí mismos como cristianos, civilizados y, en consecuencia, superiores.

Sin lugar a dudas el proceso de colonización de Irlanda se constituyó en el rasero por excelencia en el que se mensuraban las proyecciones coloniales en Virginia. De este modo, Richard Hakluyt veía con optimismo en 1587 que “cien hombres harán mucho más entre la gente desnuda y desarmada de Virginia que lo que serían capaces de hacer mil en Irlanda contra esa nación armada y belicosa” (Hakluyt, 1904 [1589]: 444).¹⁸

La ferocidad de los gaélicos se convirtió en uno de los principales tópicos para justificar su sujeción a Inglaterra, tópico que fue creciendo en elementos fantásticos, conforme a la intensidad de la resistencia que éstos imponían al avance inglés.¹⁹ Aquí se reproduce un escabroso episodio aportado por Spenser:

...he visto [beber] a algunos irlandeses... la sangre, no de sus enemigos, sino de sus amigos, principalmente en la ejecución de un traidor notable... Vi a una vieja... levantar su cabeza mientras lo estaban descuartizando y chuparle toda la sangre que le manaba, diciendo que la tierra no era digna de bebérsela, y al mismo tiempo se arañaba el rostro y el pecho, y se arrancaba el cabello gritando y chillando desafortunadamente (Spenser, 1809: 104)

A propósito de la ferocidad de los irlandeses, resulta interesante el argumento de Robert Payne, quien entendió que esa violencia era conveniente para los planes de colonización de Munster, en cuanto era dirigida contra los españoles. Payne aludía a un

¹⁸ Richard Hakluyt: introducción a René Laudonniere, “A notable historie containing foure voyages made by certain French Captains into Florida...” (Hakluyt, 1904: 439-445)

¹⁹ En 1598, año del inicio de la Guerra de los nueve años, un magistrado llamado sir William Saxey refería en una carta a Cecil a la devastación de Munster por parte de los rebeldes irlandeses, en estos términos: “Los niños son arrebatados del pecho de las nodrizas sus cerebros estrellados contra las paredes; arrancaron el corazón del cuerpo al marido a la vista de la esposa, a la cual obligaron a entregar el mandil para limpiarse el asesino la sangre de los dedos; (un) caballero inglés es en pleno día cruelmente asesinado en la ciudad y hendida su cabeza en varios trozos; varios fueron mandados a Youghal entre los ingleses. Algunos, con la garganta cortada, pero no muertos; otros con las lenguas cercenadas; otros, con las narices amputadas” (Jones, 1963: 133). La traducción corresponde a la edición de Jones, mientras que el testimonio corresponde a Constantia Maxwell, *Irish History from Contemporary Sources, 1509-1610*, Londres, 1923, p. 212.

episodio de la guerra contra la Armada Invencible de septiembre de 1588, en el que los sobrevivientes del naufragio de varias naves españolas en las costas de Irlanda fueron masacrados por irlandeses, mientras otros fueron ejecutados por orden del Lord Deputy para evitar que se unieran con los rebeldes gaélicos (Smith, 1841: 18). El promotor de la colonización de Munster entendía que “ni los españoles son tan imprudentes como para confiar en los irlandeses, quienes tan recientemente mancharon sus manos con su sangre, matándolos como si fueran perros” (Payne, 1590: 5-6). Pero lo más interesante del argumento era que el odio a los españoles se debía a que “la mayoría de los irlandeses de mejor condición han leído sobre las monstruosas crueldades en las Indias Occidentales, donde ellos [los españoles] han asesinado a muchos millones más de esas simples criaturas de las que ahora viven en Irlanda” (Payne, 1590: 5). La impronta lascasiana queda reforzada en la sugerencia que Payne hace unas líneas más adelante:

Si aún no tienes el mencionado libro sobre las crueldades españolas, te ruego que lo compres, ya que vale la pena leerlo. He olvidado el título, pero es un volumen en cuarto pequeño: está escrito por un entendido Obispo de su propio país y concierne a los cuarenta años siguientes [sithens] en lengua castellana y dedicado a su rey para la reforma de tales crueldades. Después fue traducido al inglés y a otras diversas lenguas, para difundir su monstruosa tiranía al mundo (Payne, 1590: 6).

El testimonio evidencia la importancia capital que tenía la denominada Leyenda Negra en la construcción del discurso colonial, alimentada por las numerosas traducciones y ediciones de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) de Bartolomé de las Casas.²⁰ Esta obra, con su “catálogo de espeluznantes y brutales incidentes y series de vívidas representaciones de crueldad atroz” era perfectamente apropiada para instalar la cuestión moral respecto de las acciones españolas (Hadfield, 2007: 92-93), aunque también, tal como ilustra el documento, fue utilizada como

²⁰ En 1578 apareció en Amberes la primera traducción al francés, a cargo de Jaques des Migrode, con el título *Tyrannies et cruautéz des Espagnols, perpetrees ès Indes Occidentales*. Esta edición tenía el propósito de “servir como ejemplo y advertencia a las diecisiete provincias de los Países Bajos” (Greer, Mignolo y Quilligan, 2007: 5-6). En 1582 apareció en Ginebra una segunda edición en francés con el título *Historie admirable des horribles insolences, cruautéz, & tryrannies exercées par les Espagnols es Indes Occidentale*. En 1583 vio la luz la primera traducción en inglés, titulada *The Spanish Colonie, or Brief Chronicle of the Acts and gestes of the Spaniards in the West Indies, called the newe World*. Entre 1578 y 1700 se cuentan al menos cuarenta ediciones en siete idiomas (17 en holandés, 7 en alemán, 7 en francés, 3 en inglés, 3 en italiano y 2 en latín). (Sabin, 1870: 388-402)

argumento a favor de la conquista de Irlanda. El crítico literario inglés Andrew Hadfield sostiene que la inserción de la Leyenda Negra en este caso señala, por un lado, el temor que los ingleses tenían respecto de una posible conquista española en la pretendida isla, y por otro lado, el miedo de que Europa terminara asediada como el Nuevo Mundo de no cesar el poderío ibérico, con el consecuente triunfo del catolicismo (Hadfield, 2007: 96).

Espectros de Irlanda en el discurso colonial de Virginia.

La turbulenta experiencia de colonización inglesa en Irlanda tuvo un impacto notable en la incipiente colonización de Virginia, especialmente en la construcción de un discurso colonial. Como afirmó el crítico literario norteamericano Alden T. Vaughan, el irlandés del siglo XVI y XVII se constituyó en uno de los principales “paradigmas” peyorativo para la “comprensión” de los habitantes del Nuevo Mundo (Vaughan, 1995: 35).

En cuanto al aspecto de la comprensión, o de traducción de lo diferente, los irlandeses fueron invocados para señalar ciertos aspectos de las costumbres indígenas. Por ejemplo, Thomas Hariot señalaba en su *Brief and true report* (1588), que una modalidad de pesca de los “los habitantes” (como él llamaba a los indígenas en lugar de salvajes, que era propio del vocabulario de Lane) era arrojar unas lanzas “a los peces siguiendo la manera en que los irlandeses lanzan sus saetas” (Quinn y Quinn, 1991: 64)

Los aventureros de la temprana colonización de Jamestown también apelaron a la otredad irlandesa para traducir a esa otra alteridad nativa. John Smith, quien fuera Presidente entre septiembre de 1608 y octubre de 1609, señaló en *Map of Virginia*, de 1612, que los indígenas “de mejor condición usan mantas de piel de ciervo no muy diferentes en estilo al de las mantas irlandesas” (Arber, 1910: 66) y en relación a Powhatan, la máxima autoridad nativa, que “su atuendo [es] un agradable vestido de piel tan largo como las mantas irlandesas” (Arber, 1910: 102)

William Strachey, Secretario de la Compañía de Virginia entre mediados de 1610 y 1611, dio cuenta en su informe *Historie of travaile into Virginia Britannia* (1612) de que ciertos hábitos de los habitantes americanos eran similares a los de los irlandeses. Por ejemplo, notó que los indígenas moraban “de seis a veinte por vivienda, como hacen los irlandeses”, y que sus vestimentas eran similares (Strachey, 1849: 72, 66). Pero las comparaciones entre americanos e irlandeses se agotan ahí. El extenso

informe de Strachey recurrió a otras alteridades, como los turcos, en alusión a la crueldad y la práctica de la poligamia (Strachey, 1849: 52-53), y los tártaros, para describir sus hábitos de caza.²¹

Los espectros de Irlanda también se evidenciaron en las prácticas colonizadoras, como la de quemar los campos sembrados de los habitantes nativos para forzar su sometimiento. Hay evidencia suficiente para afirmar que Ralph Lane ordenó quemar un poblado por una copa de plata presuntamente robada, que según un informante anónimo, “por no haberla recibido de acuerdo a lo prometido quemamos y destruimos su grano y poblado, provocando la huida de toda la gente” (Quinn y Quinn, 1991: 18).

Cuando Jamestown cobró cierta estabilidad, a una década desde su fundación, se consolidó el flujo de recursos y de hombres desde Irlanda hacia Virginia. Así, en 1620 George Yeardley, el gobernador de Virginia, vio con agrado el arribo de un barco proveniente de Irlanda, abastecido de “toda suerte de provisiones, así como de ganado (...) y cincuenta hombres en la aventura, además de cerca de treinta pasajeros” (Neill, 1869: 285). Aquí la distinción entre hombres y pasajeros sugiere que los primeros no eran más que siervos escriturados destinados a las plantaciones de tabaco.²² A continuación, el gobernador expresa su “esperanza de que si prospera la colonia en Irlanda [Irish plantation], será posible que gran multitud de gente venga de allí” (Neill, 1869: 285).

A modo de balance

El cruce analítico entre las experiencias coloniales en Irlanda y en Virginia sugiere que existieron múltiples coincidencias, tanto en los actores involucrados, entre los que se destacaron Grenville, Raleigh, Lane y Hariot, en la circulación de hombres y recursos, y en la elaboración de discursos que ligaban expresamente a algonquinos e irlandeses en un grado semejante de desarrollo en el devenir de la humanidad. Tanto

²¹ Cabe destacar que la asociación entre indígenas y turcos le era útil a Strachey para argumentar a favor de las ventajas de la evangelización de los indígenas, que a diferencia de los musulmanes, no contaban con una ley religiosa que condenase la conversión al cristianismo con la muerte (Strachey, 1611: 12)

²² Edmund Morgan, en su clásico trabajo *Freedom and Slavery* (1975), definió a los siervos escriturados como aquellos trabajadores pobres de Inglaterra o Irlanda que viajaban a Virginia a costa de la Compañía y que por ello estaban sujetos a un contrato, de una duración entre 4 y 7 años. Durante esos años, debían trabajar en condiciones no tan distintas a la esclavitud, y una vez terminado el contrato tenían derecho a una pequeña parcela de tierra, de tres acres si era soltero, y doce si tenía familia (Morgan, 2009: 91). El autor, sin embargo, da cuenta de los distintos mecanismos que detentaba la elite colonial para perpetuar los contratos, concentrar las tierras y eventualmente reproducir la miseria de los libertos (aquellos que habían terminado su contrato de servidumbre).

irlandeses como americanos fueron instalados discursivamente en un grado inferior de desarrollo, lo que constituyó la piedra de toque de sus tempranos argumentos imperialistas. Puede afirmarse que las diferencias de grado que adoptan los paradigmas peyorativos, exaltados para el caso de Irlanda, más moderados para el temprano caso americano, se corresponden con la relación de fuerzas que comporta cada caso.

La experiencia de colonización de Irlanda, tal como hemos visto, contaba con una inmemorable tradición de ocupación. Además, la vehemente resistencia local en la época Tudor provocó entre los ingleses adherentes de la causa de los New English una intolerancia sin precedentes, en nada comparable a la aversión que se tenía por los “ariscos” escoceses. De este modo, Spenser fue capaz de formular un plan genocida basado en una “política general de inanición, la confiscación generalizada de las tierras nativas, el despiadado traslado de la población inocente y el establecimiento de un gobierno militar sobre todo el país” (Brady, 1986: 110).²³

A las ancestrales aspiraciones territoriales sobre Irlanda se le sumó la imposición de la religión protestante, con las consecuentes expropiaciones a las propiedades clericales que pasaron a formar parte de los dominios coloniales. Las atroces campañas por la ocupación de Irlanda progresivamente adquirieron el carácter de una despiadada guerra religiosa, alcanzando el paroxismo del horror a mediados del siglo XVII.

Respecto de la colonización de Virginia se evidencia que en los períodos de contacto inicial, como en Roanoke entre 1585-86 y en Jamestown en los años siguientes a 1607, la construcción de esa otredad americana adoptó un tono más moderado respecto a la irlandesa. Sin dudas, la concepción europea sobre el indígena giró en torno a su inferiorización cultural, atribuida a su religión pagana, a lo se consideraba una explotación irracional de la tierra,²⁴ y a su simpleza técnica. De hecho, los algonquinos fueron interpelados como “salvajes” desde el comienzo de la experiencia colonial. No obstante, las fuentes muestran un reconocimiento por la compleja organización política de sus habitantes, como se evidencia en el atento informe de Hariot, del cual se

²³ Spenser hace mención a la miserable condición en que se encuentran los irlandeses, que lucían como “anatomías de la muerte” que “comían la carroña de los [hombres] muertos, felices cuando podían encontrarlos”, con la consecuencia de que “no quedara nadie y [que] el más populoso y abundante país repentinamente quedara vacío de hombres y bestias” (Spenser, 1809: 166, 167). Su proyección se basa en que en “toda guerra, no se muere tanto a causa de la espada como de la extremidad del hambre” (Spenser, 1809: 167)

²⁴ En su *Historia General de Virginia* (1624) el capitán John Smith comentaba que en Chesapeake “la tierra no es populosa, por lo que son pocos hombres; de lo que tienen más número es de mujeres y niños... no tienen modo de alimentar a todos juntos, aun, porque toman poco provecho de su tierra...” (Purchas, 1907: 420-459).

desprende un notable respeto por las jerarquías y autoridad nativa, y en John Smith, que reconocía y temía el poderío de su rival Powhatan, al punto de concebirlo como un rival equivalente (Vaughan, 1975: 50). La moderación de este discurso puede comprenderse a la luz de los proyectos colonizadores que para ese tiempo, en el que la autoridad colonial estaba aún en construcción y era por demás precaria, todavía se contemplaba la posibilidad de evangelización y de establecer intercambios comerciales con los indígenas.

La mirada sobre los indígenas se tornó más hostil cuanto más acuciantes se tornaron las condiciones para la supervivencia colonial. En 1622, cuando se consolidó la abusiva dinámica de expansión colonial, los nativos llevaron a cabo un repentino ataque a Jamestown en el que fueron masacrados 347 colonos, cifra equivalente a un cuarto de sus habitantes. Este episodio fue el punto de inflexión para la instauración de una política de exterminio, política que en lo discursivo fue acompañada por una exaltación del estigma indígena. De esta manera se expresaba un miembro de la elite colonial, Edward Waterhouse, en 1622:

... conquistarlos es mucho más sencillo que civilizarlos por las buenas, ya que es gente tosca, bárbara y desnuda, dispersada en varias compañías ... la victoria sobre ellos puede obtenerse por varios medios: por la fuerza, por sorpresa, por hambruna quemando su maíz, destruyendo y quemando sus botes y canoas ..., persiguiéndolos y cazándolos con nuestros caballos y sabuesos, y que nuestros mastines los despedacen, ya que [éstos últimos] no toman a los desnudos, curtidos y deformes salvajes como otra cosa que bestias salvajes (Neill, 1869: 41)

En términos generales, puede decirse que la construcción de esas dos otredades, la gaélica y la americana, exhibía otra preocupación, la de la afirmación de la propia identidad europea en general e inglesa en particular. Siguiendo el planteo de Hartog, la imagen barbárica de los *otros* refractaba en la conciencia inglesa en la afirmación de su rol imperialista, en tanto portador de los valores de la civilización. El contacto con la alteridad americana supuso un elemento novedoso, que consistió en la elaboración de planteos sobre el propio lugar de Inglaterra en la historia de las civilizaciones. En este punto resulta notable el interés que suscitaron los pictos y bretones de la antigüedad, lo

cual se destaca en las representaciones pictóricas que elaboró John White, otro de los protagonistas de Roanoke.

En la formulación de Strachey, los antiguos británicos habrían sido tan bestiales como los indígenas antes de la conquista romana, gracias a lo cual “se construyeron castillos y poblados, y en cada sitio se les enseñó el poderoso discurso de la razón divina” (Strachey, 1849: 18). A no ser por la instauración de las colonias de los antiguos soldados, prosigue Strachey, “todavía habría entre nosotros demasiados sátiros, toscos y harapientos, deambulando por los bosques, habitando en cuevas y cazando para nuestras cenas ... prostituyendo a nuestras hijas con extraños, sacrificando a nuestros hijos a ídolos...” (Strachey, 1849: 18). En este esquema, los antiguos bretones y los contemporáneos americanos quedaban equiparados en cuanto a grado de barbarie, mientras que Inglaterra adoptaba el rol de una nueva Roma.

La imagen de la barbarie irlandesa y americana refractó decisivamente, ante la mirada de los ingleses de la modernidad, como el espectro del virtuosismo de los antiguos, investidos ahora de una nueva y moderna misión.

FUENTES PRIMARIAS

Arber, Edward (ed.) (1910), *Travels and Works of Captain John Smith*, Parte 1, Edinburgo, John Grant.

Hakluyt, Richard (ed.), (1904) [1589], *The principal navigations, voyages and discoveries of the English Nation*, vol. VIII, Glasgow, James MacLehose.

Neill, Edward D. (ed.) (1869), *History of the Virginia Company of London. With letters to and from the first colony never before printed*, Albany, NY, Joel Munsell.

Neill, Edward D. (ed.) (1885), *Virginia vetusta, during the reign of James the First, containing letters and documents never before printed. A supplement to the History of the Virginia Company*, Albany, NY, Joel Munsell's Sons.

Payne, Robert (1590), "A description of Ireland", en The Irish Archaeological Society, *Tracts relating to Ireland, vol. 1*, Dublin, University Press, Grainsberry and Gill, 1841 (1-9). Edición y aparato crítico a cargo de Aquilla Smith.

Purchas, Samuel (ed.) (1907) [1625], *Hakluyt Posthumus or Purchas His Pilgrimes, Contayning a History of the World in Sea Voyages and Lande Travells by Englishmen and Others*, Vol. XVIII, Glasgow, James McLehose and Sons.

Quinn, David Beers y Quinn Alison, (1985) [1973], *The first colonists. Documents on the planting of the first English settlements in North America, 1584-1590*, Raleigh, North Carolina University Department of Cultural Resources.

Quinn, David Beers, (1991) [1955] *The Roanoke voyages, 1584-1590*, vol. 1, New York, Dover Publications Inc.

Spenser, Edmund, 1809 [1596], *A view of the present state of Ireland. Written dialogue-wise, between Eudoxus and Irineus*, Dublin, Hibernia Press.

Strachey, William, 1849 [1612], *The Histoire of travaile into Virginia Britannia*, London, Hakluyt Society.

Tyler, Lyon Gardiner (ed.) (1959) [1907], *Narratives of early Virginia, 1606-1625*, New York, Barnes & Noble Inc.

BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

Axtell, James (1992), *Beyond 1492. Encounters in colonial North America*, New York, Oxford University Press.

Brady, Ciaran (1986) “Spenser’s crisis: humanism and experience in the 1590’s”, en *Past & Present*, N° 111, mayo de 1986 (17-49).

Burucúa, José Emilio y Kwiatkowsky, Nicolás (2010), “Bárbaros, sanguinarios, inhumanos. Las masacres de Irlanda durante el siglo XVII”, *Eadem Utraque Europa*, año 6 N° 10/11, Número especial “Masacres”, Buenos Aires, Miño y Dávila, junio-diciembre de 2010 (77-135).

Canny Nicholas (1973), “The ideology of English colonization: from Ireland to America”, en *The William and Mary Quarterly*, Third Series, vol.30, N° 4, oct. 1973 (575-598).

Canny, Nicholas (1989), “Identity formation in Ireland: The emergente of the Anglo-Irish” en Nicholas Canny y Anthony Pagden (eds.), *Colonial identity in the Atlantic World, 1500-1800*, Princeton, Princeton University Press, (159-212).

Graves, M. A. R (1978), *England under the Tudors and Stuarts, 1485-1689*, London, Bell & Hyman Limited.

Greer, Margaret R., Mignolo, Walter D. y Quilligan, Maureen (eds.) (2007) *Rereading the black legend. The discourses of religious and racial difference in the Renaissance empires*, Chicago, University of Chicago Press.

Hadfield, Andrew (2007) [1998], *Literature, travel, and colonial writing in the English Renaissance, 1545- 1625*, Oxford, Oxford University Press.

Hartog, François (2002), *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Jones, Howard Mumford (1963) [1952], *Este extraño y nuevo mundo. Años formativos de la cultura norteamericana*, México, Unión tipográfica editorial hispano americana.

Morgan, Edmund (2009) [1975] *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos. De la Colonia a la Independencia*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Quinn, David Beers (1947), *Raleigh and the British Empire*, Londres, Hodder & Stoughton Limited.

Richards, Denis (1958), *Britain under the Tudors and Stuarts*, London, Longman.

Sabin, Joseph (ed.), (1870) *Dictionary of books relating to America. From its discovery to the present time*, vol. III, New York.

Smith, Aquilla (1841), "Introduction", en *The Irish Archaeological Society, Tracts relating to Ireland*, vol. 1, Dublin, University Press, Grainsberry and Gill (iii-viii).

Vaughan, Alden T. (1995), *Roots of American racism. Essays on the colonial experience*, New York, Oxford University Press.

Vaughan, Alden T. (1975), *American Genesis, Captain John Smith and the Founding of Virginia*, New York, HarperCollins.